

www.elboomeran.com

MICHAL VIEWEGH

FUERA DE JUEGO

Una novela sobre los sueños perdidos
de la juventud

Traducción:

KEPA UHARTE



MAEVA

Título original: *VYBĚJENÁ*

Diseño de cubierta: OPALWORKS

Imagen de cubierta: GETTY IMAGES

Fotografía del autor: JAN KARÁSEK

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Michal Viewegh

© de la traducción: KEPA UHARTE, 2009

© MAEVA EDICIONES, 2010

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 978-84-92695-21-8

Depósito legal: M-3.774-2010

Fotomecánica: MCF Textos, S. A.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.

Impreso en España / Printed in Spain



La madera utilizada para elaborar las páginas de este libro procede de bosques sujetos a un programa de gestión sostenible. Certificado por SGS según N.º: SGS-PEFC/COC-0634.

TOM

A los veinte años, compartir piso con dos personas de tu misma edad puede estar muy bien; a los cuarenta y uno ya no tiene ninguna gracia.

A veces, en medio de la noche, te despierta una incipiente resaca y la sed, así que te levantas y vas a beber agua clorada del grifo, porque es completamente inútil intentar encontrar en la nevera *tu* cerveza o *tu* agua mineral. Te da pereza buscar a oscuras las zapatillas, así que descalzo, como tristemente suponías, sientes las migajas endurecidas de pan, patatas fritas con sabor a pimienta, las uñas cortadas de Skippy, aceitunas en adobo de ajo pisoteadas y vete a saber qué más. Inmediatamente después patinas con los prospectos de Eurotel esparcidos por el suelo. Skippy se compra un móvil nuevo tres veces al año, cada mes cambia la tarifa y constantemente cuenta los minutos gratuitos, aunque no tiene a nadie a quien llamar. Igual que yo: los dos tenemos minutos gratuitos para dar y tomar. Desde la Uno y la Tres llegan los ronquidos de tus dos compañeros de piso y desde el tablón de corcho de la pared del recibidor aflora en la oscuridad un cuadrado blanco con el único fin, infructuoso, de hacer un reparto mensual de la limpieza. Abres en silencio la puerta del baño, a tientas te topas con la vagina de goma que Skippy instaló un fin de semana lluvioso de hace dos años en la pared en lugar del interruptor: juntas los labios y se enciende la luz. Luego abres despacio los ojos: en un lavabo increíblemente sucio hay tres maquinillas de afeitar. El espejo, además, está

salpicado por tantos tipos de pasta de dientes que empieza a recordar a un cuadro abstracto frustrado. Abres el agua, la dejas correr y observas tus arrugas bajo los ojos y en la frente. Escuchas cómo el agua desaparece por el desagüe: en el silencio del piso nocturno este sonido te parece más relevante que durante el día. Como si contuviera un mensaje codificado, un mensaje para ti: «No es que valga mucho la pena, ¿eh, colega? Y va a ir a peor».

Tampoco te sorprende tanto. Quizá incluso asientas levemente con la cabeza, luego cierras el grifo y vuelves a la cama. A la tuya, la Dos.

EVA

Después del divorcio se quedó sola.

Todos le decían entonces que a los veintinueve y sobre todo con su semblante (odia esta palabra) no tendría el más mínimo problema para encontrar un hombre, pero ella en realidad no busca ninguno. A veces sí que acepta alguna invitación para tomar un café o ir al teatro, sólo que de eso nunca sale nada. La mayoría de las veces ya desde el principio le parece... forzado. Los hombres se esfuerzan mucho, lo que quizá sea precisamente el problema. Ella sonríe, observa las corbatas caras y escucha una historia graciosa tras otra –Jeff sostenía que su falta de sentido del humor rayaba en la afección mental–, pero en realidad está deseando volver a casa, llenar la bañera, echarle espuma de mandarina y escuchar el nuevo disco de U2. ¿Se puede entender esto? La mayoría de sus amigas –y aún más su madre– diría que no.

Pero no puede evitarlo. Su belleza parece debilitar de antemano a los hombres. Usa la palabra «belleza» con la misma funcionalidad con la que los ricos hablan de dinero: a los pobres, comprensiblemente, les suena presuntuoso. Pero no es así. No es presuntuosa y los halagos

más bien la irritan. ¿Por qué demonios se comporta este tipo como si acabara de descubrir América? Sí, es hermosa, lo sabe, ¿y?

No está segura de si es capaz de explicarlo. Muchos de los hombres que la cortejan desde el divorcio tienen diferentes gestos románticos con ella: le ofrecen anillos con un diamante que ella rechaza con una disculpa; compran billetes a Londres que luego cancelan con grandes costes; ponen a sus pies todas sus vidas –a veces incluidos los hijos y las esposas–. Se comportan como si estuvieran dispuestos a quemar todos los puentes: sin duda piensan que la conseguirá sólo el que sea capaz del mayor sacrificio. A veces se siente como un piso de lujo vacío: prioridad a la oferta más alta.

Todo es muy previsible. Desde el principio todos rebotan de confianza en sí mismos, pero cuando ven que nada cambia en su actitud reservada, la burbuja se desinfla. Empiezan a tratarla como a un superior, comienzan a tenerle miedo. No dejan de preguntar si le gusta la comida, si no le falta nada y qué podrían hacer por ella. Dicen que harían lo que fuera. Hasta caerían de rodillas ante ella. ¿La pueden impresionar hombres así? Es cansino. Ridículo. Quizá Skippy lo expresó una vez con total exactitud: «Nos tienes a todos coladísimo». Ella misma no lo habría dicho así –nunca usa ese tipo de expresiones– pero algo hay. ¿De verdad hay alguien a quien no tenga... coladísimo?

Se lo había imaginado de una manera completamente distinta. ¡Tú te crees que esto es coser y cantar!, le gritó Jeff una vez, antes del divorcio, fuera de sí de la rabia. A veces tiene un sueño loco: alguien llama al timbre y ella va a abrir en bata. Tras la puerta hay un hombre desconocido; la saluda con un gesto de los ojos. Ella retrocede, el hombre entra y la ayuda a hacer las maletas: ella abre los armarios, saca las perchas con la ropa y él la guarda en las maletas. Durante todo el rato nadie dice nada. Su hija Alice la mira inquisitivamente, pero ella le indica con la

mirada que todo va bien. El hombre cierra las maletas, agarra la más grande y coge a Alice de la mano. Ella lleva la segunda maleta. Sin prisas suben al coche y el hombre se la lleva a su casa...

Es tan difícil de explicar. Todo es cuestión de comunicación, decía Jeff.

—¡Comunícate conmigo! ¡Habla! ¿Cómo he de respetar tus misteriosos sentimientos femeninos si ni siquiera intentas describírmelos? ¿Cómo coño voy a entenderte?

Alice le recrimina que últimamente, por la mañana, pasa cada vez más tiempo en el baño. Es posible que tenga razón, no lo calcula. La lista de problemas estéticos de todo tipo a los que hay que prestar atención o al menos disimular cada mañana crece después de los cuarenta tan deprisa que le empieza a inquietar. A los dieciocho, el aseo matinal no duraba ni cinco minutos: se limpiaba los dientes, se lavaba la cara con agua fría, se ponía la primera crema que encontraba en el cuarto de baño, se pasaba el cepillo por el pelo y luego durante todo el día le decían lo guapa que era. Cuando el sábado por la mañana bajaba a la cocina para el desayuno con toda la familia, en el rostro de su padre aparecía siempre una sorpresa alegre, casi admiración. Hasta el punto de que le parecía poco respetuoso con su madre. A veces incluso dejaba de lado el periódico a medio leer y la observaba desmontar el exprimidor para poder hacer un zumo fresco con tres naranjas cubanas amarillo verdoso.

—¿Es posible, Alenka, que en ese sucio bungalow de Makarska pudiéramos concebir algo tan bonito? —dice.

Se levanta, aparta suavemente a su hija y él mismo monta el electrodoméstico.

—Yo tampoco lo entiendo —responde la madre con una sonrisa. Y luego le susurra a Eva—: No estaba nada sucio. Eso se lo inventa papá...

Le parece que fue ayer. Hoy pasa en el cuarto de baño una hora entera y, cuando va a la cocina, Alice le dice que tiene que emblanquecerse los dientes y que para las bolsas de los ojos tiene que ponerse una bolsita de té verde.

—¡Y si realmente has decidido renunciar a cualquier tipo de peinado, deberías llevar un pañuelo!

A veces le parece que su hija empieza a hablar como Tom.

Por la noche casi siempre está en casa. Iba a yoga para principiantes pero después de medio año lo dejó: esas posturas le daban risa, lo que tenía que disimular todo el rato ante la entusiasta monitora. Paradójicamente, le dejó de hacer gracia para siempre cuando consiguió hacer con éxito los primeros ejercicios más complicados. Le salía mejor que a los demás, la monitora la elogiaba y la ponía de ejemplo, pero Eva en esas posturas antinaturales se sentía incómoda. «Por mucho que me empeñe, seguiré soltera», se decía a sí misma.

Le gusta resolver crucigramas, hacer punto y a menudo ver la televisión, piensen lo que quieran pensar los demás. Prefiere los documentales a las películas, y sobre todo le gustan los programas de viajes. Raramente se pierde *Viaje-manía*. Nunca ha sido una gran turista y viajar en realidad no le atrae demasiado («¿Pero qué me atrae en la vida?», se pregunta a veces a sí misma), sin embargo, de tanto en tanto se imagina cómo sería su vida si hubiera nacido en un país completamente distinto. Si, por ejemplo, hubiera ido a un instituto femenino en Yemen.

—¿En Yemen? Estás como una chota, mamá —se ríe de ella Alice—. ¿Cómo se te puede ocurrir algo así?

Eva no lo sabe. ¿Es culpa suya?

Como ve tanta televisión, tiene la cabeza llena de todo tipo de eslóganes y melodías de los anuncios. Por supuesto, no quiere acordarse de estas cosas. Es un lastre

del que no consigue deshacerse. La semana pasada, en los soportales que hacen esquina en la plaza I. P. Pavlova, vio orinar a un hombre. Los chicos a la suya, pensó inmediatamente. Volvió indignada la mirada al tejado de la casa más cercana. «Bramac. Tejados para toda la vida». A veces piensa si no será así como empieza la menopausia.

Va al trabajo en metro, porque ir en coche en la hora punta matutina supondría casi el doble de tiempo. Los vagones están repletos, lo que sinceramente no soporta. Si de forma excepcional consigue encontrar un sitio vacío, hojea el periódico. Sólo lee los suplementos: «Tiempo libre», «Cultura», «Salud», «Economía»; y de las noticias nacionales e internacionales únicamente suele leer por encima los titulares. Nunca logró que la política le interesara. Se guía sobre todo por el instinto: se fija en cómo se porta tal o cual político, cómo habla, cómo se viste.

—Tú no votas a partidos, no votas a programas —la acusa Jeff la vigilia de las elecciones—. ¡Votas trajes! ¡Votas corbatas!

—No —se defiende cansada; sabe que es una batalla perdida de antemano—, también les voto por sus ojos, la sonrisa y tal...

—Así que si Grebeníček se pareciera a Richard Gere, ¿votarías a los comunistas?

A veces no consigue concentrarse en absoluto en el periódico y se dedica a observar discretamente a sus compañeros de viaje, sobre todo a las mujeres. Bajo los pies siente las sacudidas y vibraciones del vagón de varias toneladas. ¿Cómo lo hacéis vosotras?, les querría preguntar a veces. ¿No os parece la vida insoportablemente difícil? ¿Cómo es que estamos aquí? ¿Cómo es que no hemos acabado bajo las vías, igual que Irena?

TOM

A sus sesenta y dos años, Vartecký sigue estando fenomenal; va al colegio en bicicleta desde la primavera hasta el otoño, juega al voleibol dos veces por semana y cada viernes va a la sauna con su mujer dieciséis años más joven. Algunas compañeras de trabajo –las mujeres son más de un ochenta por ciento del personal– lo adulan de todas las maneras posibles, lo cual afronta con una calma melancólica y amable. En veladas como esta, recuerda a un gran perro bonachón al que martirizan los niños: soporta con una paciencia imponente que lo acaricien, den besitos y se sienten en su regazo, y sólo cuando las muestras de favor alcanzan el límite de lo soportable, se pone de pie, con cuidado se sacude de encima a las maestras borrachas y dignamente se va al rincón opuesto de la sala de profesores. Le consigo una silla libre, brindamos y charlamos de cosas triviales. Pasa por nuestro lado la colega Mrázová: sujeta con ambas manos una bandeja de papel en la que ha quedado sólo la marca grasienta de dos pinchos, un trozo de canilla de rosbif y el arco amarillo de la piel de un limón. Me inclino discretamente hacia Vartecký.

–Y las jóvenes azafatas traen a los distinguidos pedagogos la distinción estatal –le susurro.

Mrázová se da la vuelta, nos escudriña con su mirada penetrante, pero luego extiende los labios en una sonrisa que sin duda considera traviesa; en la prótesis dental tiene yema de huevo. Mrázová debería abandonar definitivamente las sonrisas pícaras, pienso. Debería dejarlas en alguna de esas cajas con olor a rancio dentro del armario en el que en octubre guarda la ropa de verano.

–Una velada excelente, ¿verdad? –suelto para socializar.

Hace veinticinco años no nos gustábamos, pero ahora ambos lo disfrazamos con diligencia. Entonces era nuestra profesora de matemáticas y geometría descriptiva.

Una vez, a final de curso, me examinó en la pizarra: con un desprecio patente observaba cómo me atormentaba con la proyección de una pirámide.

–Tomáš, yo pensaba que usted tenía fantasía, como es poeta... –dijo maliciosamente.

–Fantasía tengo, sólo me falta imaginación espacial –contesté–. Son dos cosas diferentes, camarada profesora.

Mi descaro la dejó muda. ¿Se acordará de ello? Ha tenido a cientos de rebeldes así, ¿no se devalúa un poco con eso el valor de mis famosas revueltas? Inflación de rebeldes. Me acuerdo de la cómica ceremonia con la que siempre acompañaba su manipulación del gran compás de madera y no puedo evitar reírme.

–¿Ustedes dos, señores, comparten algún secreto? –pregunta con suspicacia.

Vartecký me mira.

–De hecho, sí –dice–. Una vez amamos a la misma chica.

Mrázová suspira en señal de desacuerdo.

–Chicos, ¿no saben hablar de otra cosa?

Cuando más o menos una hora después Vartecký y yo nos reencontramos, vuelvo de nuevo a su insinuación; por supuesto, espero a una larga inflexión en la conversación, para que el cambio brusco de tema no tenga un efecto tan violento.

–Una pregunta íntima sobre el pasado, ¿se permite?

Él habla siempre con mucha economía, quizá sea una reacción a la verborrea de sus compañeras, y en nuestra mutua comunicación he adoptado paulatinamente su costumbre. Asiente sin titubear.

–¿Dormiste con ella esa vez en Slapy?

No necesita preguntar por el nombre ni finge que deba intentar recordar. Lo aprecio, pero al mismo tiempo

me intranquiliza: en estos años ha dado clase a decenas o centenas de chicas guapas.

–No.

Parece que no miente, pero no estoy seguro.

–¿Y antes? ¿O después?

–No.

–¿Por qué no? –digo hastiado.

De la camisa desabotonada se abre paso un vello espeso, sólo algo entrecano; mi pecho, al contrario, está completamente pelado y por eso en su presencia me suelo estilizar e interpreto el papel de intelectual irónico que menosprecia una señal de masculinidad tan patente.

–Cuando ella vino a mi jardín / todo se acababa de marchitar. / Malhumorado y vagabundo en el horizonte dormía el sol.

Huida a la poesía, pienso de inmediato.

–Tu mujer tiene treinta y seis años –objeto–. Cuando te casaste con ella, sólo tenía un par de años más que Eva entonces.

–Pero no estaba en clase. Con las alumnas no sale a cuenta. Los problemas pesan más que las alegrías.

Espero, pero no llega ninguna explicación más.

–Creo que ya deberías saber algo del asunto –añade en alusión a Klára.

Sigo sin creerle del todo, pero no me enfado con él: no tiene motivos para mentirme, así que si no me está contando la verdad con respecto a los más de veinte años de pasado remoto, sólo lo hace por tacto. Sabe que para mí el pasado no lo es.

–¿Y tú? –pregunta inesperadamente.

–¡Bingo! –exclamo–. La pregunta clave. El quid de la cuestión.

–No dormiste con ella.

–No.

No dice nada al respecto.

–Dos letras... y en ellas está la mitad de una vida
–digo yo.

El vino de las botellas de plástico no vale nada, pero igualmente de un trago me meto un vaso entero. Luego nos vuelven a servir a los dos.

–¿Y por qué no? –se interesa sin inmutarse.

A mí, al hacer esta pregunta, me temblaba la voz. Aquí está la diferencia, me doy cuenta: Jeff y yo corríamos inquietos alrededor de Eva, mientras él estaba quieto, de pie. Nosotros girábamos de todas las maneras a su alrededor, no hacíamos más que hablar, incluso recitar; él callaba. Nosotros apartábamos la mirada; él miraba sin turbarse. Yo entonces ya lo intuía: ¿acaso puedes impresionar a alguien cuya belleza te paraliza? Necesitaba a alguien que fuera capaz de simplemente tomar esa belleza. Por fuera, Jeff y yo nos reíamos de Vartecký porque era viejo (¡Dios, perdónanos!) pero en realidad le teníamos miedo. Sentíamos que tenía algo que nosotros, ni con la mejor de nuestras voluntades, podríamos tener.

–¿Y yo qué sé? –exclamo—. Porque estabas tú. Porque Jeff se la había pedido...

Vartecký se pone el dedo en los labios. Marta, mi profesora de gimnasia de entonces, se gira divertida hacia nosotros.

–Aaah, así que de nuevo el tema Eva Šálková, ¿eh?

Vartecký se comporta flemáticamente, yo callo perplejo como un niño atrapado (enseñar en el mismo colegio en el que uno estudió es perverso, casi se podría decir que en ello hay algo de incesto. La decisión de volver al alma máter como pedagogo antes me la explicaba por un conservadurismo y sentimiento sano; hoy ya sé que el mayor papel lo tuvo cierta pereza social: no quería esforzarme en comprender otra vida que no fuera la que conocía tan íntimamente). Marta agita incrédula la cabeza.

–¡Šálková forever! –se ríe.

–Exacto, Marta –contesto serio—. Šálková forever.

EVA

Va en coche, pero sólo por dos trayectos conocidos y aprendidos: cada viernes a comprar a Hypernova y una vez cada quince días a ver a sus padres a Vrchlábí; tras la jubilación vendieron su piso de Praga y compraron allí una pequeña casa. Aparte de eso, no va a ningún lado. El Renault color vino pasa días enteros en el mismo sitio (en invierno, a menudo es el único coche nevado en la calle, y en verano, cuando lo deja cerca del parque, después de una semana suele quedar cubierto del fino polen amarillo en el que los niños hacen dibujos obscenos). El año pasado –siete años después del divorcio– Jeff se lo regaló por su cumpleaños.

–¿Qué pretendes? –le dijo.

–Ahora sólo que sobreviváis.

Por lo visto, es el coche más seguro de su clase.

Conoce el trayecto a Vrchlábí de memoria, cada señal, cada curva; cuando, como por ejemplo ahora, simplemente tiene que ir por un carril diferente del que suele tomar, enseguida se siente insegura.

–Mamá –le toma el pelo Alice–, ¿qué harás el día que haya un desvío de treinta kilómetros?

Por supuesto que ya ha pensado en ello. Observa con precaución las ruedas traseras del Ford que tiene delante. Un sesenta por ciento más de entalladuras de agarre que los demás neumáticos, le viene a la cabeza y se pone furiosa.

–Me pararé en el arcén, encenderé las luces de emergencia y llamaré a la grúa.

Le echa un breve vistazo a su hija: algo en su sonrisa le recuerda casi con dolor a Jeff en la época en que lo vio por primera vez. Entonces no tenía ni dieciséis años y era un centímetro más baja que él. Pero luego lo superó rápidamente.

Cuando aparca en el patio de detrás de la casa, ve a su padre, de pie, tras la cortina de la ventana; no la aparta, como si por algún motivo necesitara todavía posponer el momento de salir y darle la bienvenida. Como si necesitara pensárselo durante dos o tres minutos. La vuelta a casa de la hija única que les decepcionó, piensa Eva.

«Lo eres todo para nosotros. Nuestro orgullo. No lo olvides», así se lo decía siempre su madre.

A los cuarenta, por supuesto, eso ya no se dice de las hijas. Le gustaría creer que lo sigue siendo todo para ellos, o al menos casi todo, si bien lleva ya años sin oírsele decir. Quizá porque ese «casi todo» que de repente tomó la forma de una mujer divorciada que está envejeciendo y que tiene una hija. Entiende que los ha defraudado. La educaron lo mejor que pudieron. Lo sacrificaron todo por ella. Directamente la malcriaron. Solo por esas caras cremas bronceadoras y aceites que le traían cada año de Makarska... ¿Y cómo se lo agradeció? Se divorció, y ahora encima empieza a envejecer. Perdona, papá, tu niña bonita tiene varices... Toma aliento: el aire como siempre aquí es más puro, más intenso que en Praga. Justo detrás del tejado del garaje se ve la pendiente verde grisácea de Žalý. Su padre sale de casa: vestido con ropa de deporte, lo que a Eva le da pena. Su madre va tras él; lleva una taza humeante y la pone en las escaleras. Sesenta años viviendo en Praga, en Vinohrady, y ahora esto, piensa.

–¡Hola! –dice aplicada.

Alice corre hacia su abuela y la abraza. La mujer sonríe, pero con los ojos controla la taza.

–Dame las llaves, lo enderezaré –le dice su padre.

Sin entender, Eva le da las llaves del coche; sólo entonces se da cuenta de que está como en diagonal, y de que, además, la mitad del neumático delantero derecho está sobre el estrecho bordillo de arenisca que flanquea el parterre con dalias. Las flores de Todos los Santos. Según

la flor, el humor. El padre se mete con dificultad tras el volante, mueve el asiento hacia atrás, enciende el motor y lo escucha; luego da marcha atrás y con dos cortas maniobras endereza el vehículo. Se queda sentado dentro y baja la ventanilla.

–Un coche realmente bueno –dice.

–Ayer estuvo Jeff aquí –le informa su madre.

Ella no dice nada al respecto.

–Necesitarías aún un par de viajes para coger más práctica –apunta el padre cuando sale del coche.

–Vale. Gracias por la bienvenida.

Agita la mano y la coge por los hombros.

–Hola –finalmente sonrío.

Mientras vivía con Jeff, casi siempre conducía él; sólo estaba dispuesto a confiarle el volante cuando bebía, igual que muchos otros hombres casados. Ella odiaba conducir con Jeff borracho. Teniendo en cuenta su falta de experiencia, necesitaba que la dirigiera o instruyera, pero él o menospreciaba con despreocupación ebria sus preguntas nerviosas («¿Ahora adónde?», «¡Rápido!», «¿Quién tiene prioridad?», ¿yo o el camión?») o le levantaba la voz irritado.

Después del divorcio, una noche decidió en la bañera que rompería el círculo encantado de los dos trayectos conocidos: iría a la autoescuela más cercana, pagaría cinco o, mejor, diez clases de prácticas y aprendería a ir también a otro sitio aparte de Vrchlábí. Se imaginó que los fines de semana ella y Alice irían de excursión.

–¿Cuanto tiempo hace que tiene el permiso? –es la primera pregunta del instructor.

Ya está sentado en el coche.

–Veinte años, pero mientras estuve casada conducía sólo mi marido.

El instructor la mira.

–Así que otra divorciada –murmura–. Ponga el coche en marcha.

Ella no puede reaccionar adecuadamente a su impertinencia porque está plenamente concentrada en la disposición inhabitual de los instrumentos en el salpicadero.

–Vamos, ¿a qué espera?

La irascibilidad del instructor le recuerda algo muy conocido. En el siguiente semáforo lo mira directamente a la cara enrojecida y en ese momento lo entiende.

–Ha bebido –dice atónita.

El instructor se ríe de tal manera que Eva ya no tiene la menor duda. Enciende las luces de emergencia, tira del freno de mano y se quita el cinturón.

–No sigo –le informa–. Está borracho.

–No, no estoy borracho.

–Sí.

Se baja y se va. La gente la mira. Los coches tras ellos empiezan a pitar.

–¡Y usted es igual de aburrida, poco interesante y fría que todos los abstemios! –le grita el instructor.

JEFF

De hecho, nunca entendió a Eva; es la única certeza que le quedó después de todo.

Cada vez que intenta acercarse de forma racional, no llega a ninguna parte. Salvo a la sensación de que si continúa dos minutos con ese tipo de reflexiones se volverá loco. Cuando uno piensa en las mujeres, debería olvidar toda racionalidad, le dice a Tom. No es el camino y punto. Puede ponerle decenas de ejemplos: Eva se queja de la falta de principios y del populismo en la política checa, y cuando le preguntas que por qué ha votado a un partido cuyo presidente es una muestra ejemplar de la falta de

principios y de populismo, contesta que tiene estilo, viste bien y tiene las manos bonitas. Etcétera, etcétera. Cuando Jeff habla de esto, tiene la sensación de ahogarse.

–Mira, vivimos en un mundo estructurado de forma lógica: continentes, estados, regiones, etcétera –le explica a Tom–. A eso le corresponden las instituciones respectivas. Pienses lo que pienses de la sociedad actual, no puedes negarle algo: su jerarquía está clara.

–Igual sí.

–No afirmo, por supuesto, que todas las instituciones funcionen de manera ideal, pero su estructura como mínimo es transparente: la administración estatal, las regiones, los organismos municipales. Pura lógica. Y ahora a este sistema añádele una familia, la célula social básica –Jeff se ríe amargamente– cuya mitad no es capaz de mantener la lógica ni en una conversación sobre una película de Bruce Willis... ¿No crees que hay un error en algún lugar?

Tom sonrío.

–Recuerda a Klára –dice Jeff–. ¿Qué es el matrimonio? La amas de verdad y a la vez, en una de cada dos frases, sinceramente deseas matarla. Eso es el matrimonio. Por eso huyes de ella. Por eso vas los martes por la noche a jugar al voleibol y los jueves al fútbol sala. Por eso cada fin de semana vas a esquiar. Por eso te compras una bici y cada vez que tienes algo de tiempo te alejas de ella todo lo que puedes.

–Creía que ibais juntos en bici.

Jeff niega con la cabeza.

–Que alguna vez la haya llevado conmigo no cambia nada del principio de las huidas. Cuando pedaleaba en silencio detrás de mí, de hecho no era ella... No sé si me entiendes.

Tom asiente unos momentos después.

–En realidad, se trata de hacerlas callar –añade Jeff con gravedad.